

Místicos en el Espíritu

Invitación a orar la Palabra

“A Dios que nos ha escogido, que nos ha llamado y nos ha reservado para sí, respondemos nosotros con una entrega total y exclusiva. El primado de Dios, que nace de la libre y amorosa iniciativa de Dios sobre nosotros, se traduce en la entrega incondicional de nosotros mismos... Sólo en la fuerza del Espíritu podemos vivir esta respuesta; es Él quien en la historia de la Iglesia atrae siempre a nuevas personas a percibir la fascinación de una elección tan comprometida; es Él quien suscitó a Don Bosco, a cuyo proyecto apostólico nos hemos adherido con la profesión religiosa”.¹

Para profundizar, orando, en la dimensión espiritual de nuestra vocación salesiana, don Juan J. Bartolomé nos propone dos esquemas de lectura orante: el primero, centrado en un relato paulino de su vocación; el segundo, sobre el único relato evangélico de vocación no lograda. Ambos, aun siendo muy diferentes, subrayan que para seguir a Jesús se le debe encontrar antes para dejar después todo, aun aquello que es bueno para el llamado, tanto la ley de Dios como los bienes de Dios.

Cuando relata a los gálatas el origen de su vocación Pablo les manifiesta la razón esencial de su pasión apostólica: ha sido ‘encontrado’ por Jesús resucitado y ha encontrado la misión de su vida. Una experiencia personal de Dios, que le ha hecho conocer a su Hijo en su corazón, lo ha llevado inmediatamente a predicar el evangelio. Sin encuentro con Dios el creyente no encuentra su vocación.

La memoria del joven bueno, que no pudo seguir a Jesús porque no quiso separarse de sus bienes, se convierte en una advertencia permanente para los que hoy lo siguen. Debería hacernos sonrojarnos el hecho de que Jesús ha contado con nosotros sin que estuviésemos en condiciones de decirle que ya hemos observado todo lo que Dios quiere de nosotros, debería hacernos avergonzar aún más el hecho de que continuamos siguiéndolo, pero quedando apegados a nuestros bienes, y que buscamos en Él el Bien y al mismo tiempo continuamos acumulando otros bienes.

¹ Esquema de reflexión y trabajo sobre el tema del CG27, ACG 413 (2012) 64-65.

I. Encontrar a Cristo para encontrar la propia vocación: Gal 1,13-17

Cuando escribe a los gálatas, veinte años después de su ‘conversión’, Pablo recuerda, una vez más, lo que le sucedió en el camino de Damasco. No expresa esta confesión como confidencia; es más bien un argumento en la defensa de su evangelio. No habla a neófitos fieles, sino a “hombres estúpidos” que “aprisa” están abandonando la gracia de Cristo y pasan a otro evangelio (Gal 3,1; 1,6). Es inconfundible el tono áspero y polémico de su testimonio.

1. Para entender el texto

Fundadas por el apóstol poco antes (Hch 16,6; 18,23), las comunidades de Galacia lo habían acogido “como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús” (Gal 4,14) y habían creído en su predicación recibiendo el Espíritu y con muchos grandes portentos (Gal 3,2.5). El primer fervor, por desgracia, no duró mucho (Gal 1,6): la visita de algunos que presentaron “otro evangelio” (Gal 1,7) puso en duda la corrección del evangelio predicado por Pablo y hasta su legitimidad apostólica. La ‘crisis gálata’ hizo estallar en el apóstol la más desmesurada y desagradable reacción entre las que están documentadas en su epistolario (1 Gal 7-9; 4,17-20; 5,7-12; 6,12-14).

Contexto inmediato

Para defender, pues, su ministerio Pablo se presenta como “apóstol no por parte de hombres, ni por intermedio de hombre, sino por medio de Jesucristo y de Dios Padre” (Gal 1,1); y como apología del evangelio predicado en Galacia afirma sin titubeos que no lo ha “recibido ni aprendido de hombres, sino por revelación de Jesucristo” (Gal 1,12). El apóstol puede dar por descontado que los gálatas conocían bien los hechos (Gal 1,13.22): lo que dice – y cómo lo dice – focaliza su atención sobre lo que para Pablo es decisivo: *Dios está en el origen de su apostolado y el Hijo de Dios es el único contenido del evangelio que predica* (Gal 1,11-12). Lo que declara, y de modo enfático, demuestra su independencia apostólica y el origen divino de su anuncio.

El texto

Para reforzar las dos aserciones, se dispone a narrar qué había hecho *antes y después* del encuentro con Jesús resucitado, sin hacer una verdadera crónica de lo sucedido. Es el modelo que utiliza también en Flp 3: distingue bien entre la etapa precristiana desde los primeros pasos después de haber aceptado a Jesús como Señor, su pasado de despiadado perseguidor (Gal 1,13-14) y el presente de misionero incansable (Gal 1,15-24).

Las dos partes del relato son creíbles, pero sumarias, centradas en las ‘conductas, la judía y la cristiana, del protagonista. El apóstol presenta los hechos sin embellecerlos, y no busca la benevolencia de los lectores. Mientras que antes no quería sino la ruina de la iglesia, ahora se dedica completamente a su difusión. A diferencia de Flp 3, que centra la atención en la trascendencia personal de lo sucedido, Gal 1 revela un dato nuevo, más objetivo y fundamental: *Dios ha sido el actor de su cambio*. Que no consistió tanto en una

transformación de su conducta, ni en un cambio de fe: “Dios se complació en revelarme a su Hijo para que lo anunciase entre los paganos” (Gal 1,16).

ANTECEDENTES:

un tiempo de cruel persecución de la iglesia (Gal 1,13-14)

Pablo no parece avergonzarse de su pasado, cuando se ha convertido ya en apóstol reconocido, y habla de ello a los gálatas. No debía arrepentirse de haber sido un judío observante, celoso guardián de las tradiciones de su pueblo e intransigente con quien no las observaba. Nunca se mostró confundido o culpable; precisamente por eso será más sincera y acreditada su postura: heredar una fe y tradiciones que no llevan a Cristo no sirve para nada.

¹³Habéis oído hablar sin duda de mi conducta del pasado en el judaísmo, y de que perseguía despiadadamente a la iglesia de Dios y la destruía, ¹⁴superando en el judaísmo a la mayor parte de mis coetáneos y connacionales, aferrado como estaba en sostener las tradiciones de los padres.

Hago notar a los lectores que Pablo no oculta su pasado. Más bien, y para enfocar mejor lo que dirá después, se refiere a él, reduciendo la etapa judía de su vida – ¡casi la mitad! – a una persecución sin medida de la comunidad de Jerusalén. Parece aceptar que no ha hecho otra cosa, como recuerda Lucas, desde el tiempo de su juventud (Hch 7,59; 8,1; 22,20; 26,10). Es, de hecho, el único de los primeros perseguidores de la iglesia al que se le recuerda por su nombre: “Saulo mientras tanto arrasaba a la iglesia y entrando en las casas apresaba a hombres y mujeres y los hacía llevar a la cárcel” (Hch 8,3).

Tampoco manifiesta aquí Pablo las razones de una conducta tan brutalmente anticristiana. No le interesa justificarla. Deja afirmado, eso sí, su propósito (*devastar a la iglesia de Dios*), la eficacia de su intervención (*sobresalir sobre la mayor parte de sus coetáneos*), y el motivo más personal (*el apasionado celo de las tradiciones de los padres*). Si perseguía cruelmente a los seguidores de Cristo no era porque fuese un sanguinario o un malévolo, sino porque, como convencido observante, no soportaba defecciones ni desvíos de la fe de los padres. *De esta fidelidad extrema a la ley lo liberó Dios mismo.*

CONSECUENCIAS:

Llamado a conocer al Hijo y a anunciarlo entre los gentiles (Gal 1,15-17)

No sólo en el epistolario paulino, ni en todo el NT se encuentra una descripción de lo sucedido en Damasco que supere, o sea comparable, a esta breve nota biográfica.

¹⁵Pero cuando el que me escogió desde el seno de mi madre y me llamó con su gracia se complació en ¹⁶revelar en mí a su Hijo para que lo anunciase en medio de los gentiles, inmediatamente, ¹⁷sin consultar a ningún hombre, sin ir a Jerusalén con los que habían sido apóstoles antes que yo, me fui a Arabia y después volví a Damasco.

Precisamente por eso resulta algo chocante que Pablo diese más relieve a lo que hizo él ‘inmediatamente’ después de haber sido llamado, es decir, *irse a Arabia y volver después a Damasco*, que a lo que había hecho Dios con él, *escogerlo, llamarlo, mostrarle a su Hijo y convertirlo en su apóstol*. En un nivel sintáctico, el acento de la expresión cae más en la consecuencia, *la evangelización inmediata*, que en el hecho mismo, *la benevolencia de Dios* que le hizo conocer a Jesús como Hijo suyo. Las intervenciones de Dios se ven, se ‘midén’, en los efectos.

Pero Pablo no oculta que ser enviado ha sido puro don: “p

La 'conversión' de Pablo fue, además de un repentino cambio de 'oficio' (de perseguidor a propagador), *primero y per se* una *experiencia de Dios*. De ella nació y en ella se clavó la conciencia apostólica de Pablo.

- *Detrás de mi vocación ¿hay una experiencia personal de Dios, previa e inmerecida? ¿Podría también yo 'justificar' el apostolado que ejerzo con un descubrimiento de Jesús, Hijo de Dios? ¿Sobre qué apoyo mi llamada, dónde encuentra ella confirmación y energía? ¿Quién me llama, los jóvenes o Dios?*

Pablo imagina al Dios que lo ha llamado como un Dios que *se ha complacido* al llamarle: Dios ha 'encontrado' satisfacción, complacencia, contento cuando ha hecho de modo que Pablo encontrase a Jesús y lo aceptase como Hijo suyo.

- *Hacer conocer a Jesús y que sea reconocido como su Hijo hace 'feliz' a Dios Padre. Este hecho ¿me hace 'feliz' también a mí? ¿Soy consciente de que conocer a Cristo es siempre una gracia que Dios me hace y un 'placer' que Él se - ¡no me! - concede? ¿Por qué entonces no anhelar sino el 'sublime conocimiento de Cristo Jesús' (Flp 3,8) para hacer feliz a Dios?*

Después de algún tiempo de vida apostólica, cuando escribía a los gálatas, Pablo 'vio' toda su vida - también el tiempo en el que se perseguía a la iglesia de Dios - como parte y camino de un único proyecto de Dios. b'

II. Se deja a Jesús cuando no es él el único bien: Mc 10,17-31

Pocos textos evangélicos han tenido un influjo tan profundo y duradero en la vida de la Iglesia como el episodio del joven rico (Mt 19,16-30; Mc 10,17-31; Lc 18,18-30). Junto a otros textos que formulan las exigencias del seguimiento de Cristo (por ejemplo Mt 16,24; Lc 9,23.62; 14,16-33), este relato lo ha llevado a considerar la tradición católica como el fundamento bíblico – si no el único, por lo menos el principal – de los llamados 'consejos evangélicos'. Curiosamente – y el dato pasa con frecuencia inadvertido – el episodio es la crónica de una vocación fallida.

1. Para entender el texto

El episodio se presenta, fundamentalmente, como un diálogo prolongado, en el que Jesús es el protagonista permanente. Según quien sea su interlocutor, un desconocido, los discípulos o Pedro, se distinguen *tres escenas*: el encuentro de un joven con Jesús (Mc 10,17b-22), el comentario que Jesús hace a sus discípulos (Mc 10,23-27), la reacción de los discípulos ante la radicalidad de Jesús (Mc 10,28-31).

El diálogo de Jesús con el rico (Mc 10,17b-22) comienza un tanto bruscamente. En el camino, a Jesús se le acerca uno que no está interesado por él, por su persona, sino por sí mismo, por la propia salvación. A Jesús no le pide ningún favor, sólo quiere recibir un consejo (Mc 10,17.20). El encuentro tiene lugar a petición del desconocido. Jesús responde a las preocupaciones de su interlocutor, aunque sólo en apariencia; en realidad, lo distrae con maestría de su preocupación, un poco egoísta, y le propone la perfección. De desconocido pasa a ser amado.

¹⁷*Mientras iba por el camino, corrió uno a su encuentro y, poniéndose de rodillas delante de él, le preguntó:*

“Maestro bueno, que debo hacer para tener en herencia la vida eterna?”.

¹⁸*Y Jesús le dijo:*

“¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sólo lo es Dios. ¹⁹Tú conoces los mandamientos: No mates, no cometas adulterio, no robes, no testimonies lo falso, no engañes, honra a tu padre y a tu madre”.

²⁰*Él entonces le dijo:*

“Maestro, todas esas cosas las he observado desde mi juventud”.

²¹*Entonces Jesús fijó la mirada en él, lo amó y le dijo:*

“Solo te falta una cosa: ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; ¡y ven! ¡Sígueme!”.

²²*Pero ante estas palabras se le oscureció el rostro y se fue triste; porque poseía muchos bienes.*

Después de que se hubo alejado el rico, *comenta su fallo con los discípulos* (Mc 10,23-27). El cuadro se abre y se cierra refiriéndose a la mirada de Jesús (Mc 10,23.27), el cual, en una especie de catequesis sobre la entrada en el reino, subraya sus dificultades (Mc 10,23.24.27). Los discípulos, primero desconcertados (Mc 10,24) y después interesados (Mc 10,26), son los destinatarios únicos de esa enseñanza y, al menos una vez, la comprenden correctamente. No se trata simplemente de una dificultad para los hombres, sino de algo que sólo es posible para Dios.

²³**Jesús, mirando a su alrededor, dijo a sus discípulos:**

“Qué difícil es, para los que poseen riqueza, entrar en el reino de Dios!”.

²⁴**Los discípulos estaban desconcertados con sus palabras; pero Jesús insistió y les dijo:**

“Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios! ²⁵Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios”.

²⁶**Ellos, aún más desconcertados, comentaban entre sí:**

“¿Y quién puede salvarse?”.

²⁷**Pero Jesús, mirándoles a los ojos, dijo:**

“¡Es imposible para los hombres, pero no para Dios! Porque todo es posible para Dios”.

Pedro expresa la *reacción de los discípulos ante la radicalidad de Jesús* (Mc 10,28-31). La problemática personal del joven ha desaparecido totalmente del relato. Pedro, que da por descontado que ha hecho lo que le resultaba imposible al joven, logra arrancar a Jesús una promesa de recompensa, para ahora y para después. Cualquier cosa que se deje – y son siete las cosas enumeradas – se tendrá en cuenta.

²⁸**Pedro entonces se apresuró a decirle:**

“Mira, nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido”.

²⁹**Jesús le respondió:**

“De verdad yo os digo: no hay ninguno que haya dejado casa o hermanos o hermanas o madre o padre o hijos o campos por mi causa y por el Evangelio, ³⁰que no reciba ya ahora, en este tiempo, cien veces más en casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y campos, al mismo tiempo que persecuciones, y la vida eterna en el tiempo que vendrá. ³¹Muchos de los primeros serán últimos y los últimos serán primeros”.

3. Para iluminar la vida

Había una buena persona que quería ser mejor

Mientras Jesús iba por el camino, se le acerca corriendo un desconocido² que se arrodilla delante de él. El hombre desea saber *qué debe hacer* para llegar a poseer la vida eterna. Sabe que debe observar la ley; y, lo que es más importante, se declara dispuesto a hacer cualquier cosa, lo que se le diga.

Antes de responder, Jesús se muestra sorprendentemente crítico; no acepta que se le conceda lo que se debe solo a Dios (Mc 10,18). La respuesta de Jesús es bastante obvia; repite, sin comentarios o explicaciones detalladas, la segunda parte del decálogo (Mc 10,19; cfr. Es 20,12-16; Dt 5,16-20): esa es la voluntad del buen Dios; sus mandamientos indican el camino de la vida. El que ha preguntado debiera saberlo.

La escena podría cerrarse aquí: la persona ha recibido la respuesta pedida. Pero, en vez de irse, hace una confesión que impresiona a Jesús (Mc 10,20). Jesús se encuentra frente a uno que no solo está dispuesto a hacer lo que se le pida, sino que puede confesar lo que ya está haciendo, todo y siempre, desde su juventud. Y queda atraído por este joven bueno (Mc 10,21). Antes de proponerle un cambio radical, Jesús ha cambiado radicalmente en relación con él. *Aquel joven es objeto de un amor sobreabundante, por eso se espera de él algo más.* La nueva exigencia de Jesús es prueba del amor que siente hacia él.

² En los paralelos viene identificado: joven (Mt 19,20.22), persona de relieve (Lc 18,18).

Lo único que le falta es dejar todo lo que posee, *venderlo*, distribuirlo entre los pobres y seguir a Jesús. La propuesta de Jesús no es una nueva condición para obtener la vida eterna. Es una nueva posibilidad de vivir esa vida de obediencia a Dios que el joven está viviendo con tanto fruto. La renuncia a todo lo que posee no es todavía todo lo que le falta, sino solo una primera etapa, un paso previo que prepara el definitivo: el seguimiento de Jesús (Mc 1,16-20; 2,13-17) y la actividad apostólica (Mc 6,7-13). No debe renunciar a los bienes porque sean malos, sino que su posesión no es preferible ni tampoco – en este caso – compatible con la compañía de Jesús cuando se va detrás de él: *cargado de bienes, no se puede perseguir el Bien*.

El desconocido, a pesar de su bondad, no puede soportar la exigencia de Jesús. Sin decir nada, triste y cabizbajo, *deja a Jesús para no dejar lo que tiene* (Mc 10,22). Conserva sus bienes, pero pierde su alegría y al maestro bueno. *Sus riquezas no le habían impedido ser un buen creyente, pero le pusieron en la imposibilidad de ser un simple discípulo*.

¡Qué difícil es poseer bienes y entrar en el reino!

La mirada de Jesús precede a la enseñanza que ofrece a los que quedan a su alrededor. Poseer el reino resulta difícil para quien posee riquezas (Mc 10,23). Jesús no habla todavía de 'imposibilidad' (Mc 10,27), subraya la dificultad (Mc 10,24). Además, y esto resulta sorprendente, introduce aquí el tema de la entrada en el Reino, mientras que la invitación dirigida al buen rico era, en cambio, seguirlo pobre.

La reacción de los discípulos es más que lógica. No pueden evitar quedar abrumados frente a la afirmación de Jesús. En la tradición religiosa judía, la riqueza, lejos de constituir un impedimento para entrar en el Reino, era prueba del favor de Dios (Dt 28,1-14). Los seguidores de Jesús comprenden que la dificultad para salvarse no está reservada solo al que posee muchos bienes, sino a todos los que basan su concepto del 'bien' en poseerlos (Mc 10,24; Lc 6,20.24). No es, pues, la salvación del rico, sino la del hombre como tal la que está amenazada (Mc 10,26).

En el pensamiento de Jesús la dificultad en vez de disminuir, aumenta: no es necesario disponer de los bienes propios, basta poner en ellos la confianza, aunque sean en realidad escasos, para que la entrada en el Reino se haga difícil. Jesús trata de advertir a todos que, *ante Dios y su reino, todo debe resultar pequeño y despreciable, como para tirarlo*; quien no juzga todo lo que tiene como insignificante, hace insignificante a Dios. Y para subrayar la dificultad, Jesús recurre a una hipérbole. Es más fácil que un camello pase por el ojo de un agujero que un rico entre en el Reino (Mc 10,25). Dejarse poseer por lo que se tiene puede llevar a la pérdida del Reino que se esperaba.

La reacción de los discípulos hace suponer que esta vez ellos han entendido bien a su maestro (Mc 10,26). Se extiende el desasosiego entre ellos, pero no se atreven a dirigirse a Jesús. Quedan angustiados por la incapacidad radical del hombre – ¡no, del rico! - para salvarse. Si ni siquiera los buenos, aun siendo ricos, lo logran, ¿quién podrá lograrlo?

Y nuevamente la mirada de Jesús precede a sus palabras (Mc 10,27). Y responde confirmando la imposibilidad humana para procurarse por sí mismo la salvación. No es que el poder de Dios acabe donde termina el del hombre: el hecho está en que la salvación de Dios no conoce límites. Independientemente de lo que es o tiene, el hombre depende de Dios. No tiene necesidad de las riquezas para asegurarse la salvación. *Todo es don de Dios y Dios es el único bien no alienable*. Solo Él puede salvar.

Un Dios endeudado, como recompensa

Como portavoz de los discípulos, Pedro hace notar que, a diferencia del rico, ellos han abandonado todo, no solo familia y trabajo (Mc 10,28). Han perdido todo para ganarle a él, proclama Pedro, con énfasis evidente. Los discípulos dicen que han superado la prueba bajo la que sucumbió el rico. Son conscientes de sus renunciaciones; esperan una congrua remuneración: algo le tocará al que ha dejado algo.

Jesús responde con una promesa que va mucho más allá de la intención y de las palabras de Pedro (Mc 10,29). Pueden estar seguros de que no sólo ellos, sino también cualquiera que haya renunciado a algo en su vida, tendrá una recompensa. La enumeración de las posibles renunciaciones es elocuente. La lista de las personas *poseídas* se alarga más que el de las cosas. ¿Será acaso porque ellas constituyen nuestros bienes mejores? ¿O, a lo mejor, porque son los que nos poseen mejor?

La renuncia, en todo caso, no debe ser genérica; tiene contenidos (propiedades y personas amadas) y dos causas (Cristo y el evangelio). *Los bienes*, tanto si se trata de objetos buenos como de personas buenas, *no son renunciables por un motivo cualquiera*. No es, en efecto, un motivo cualquiera el que los hace preceder. *Hay que tener buenas razones para renunciar a los bienes que poseemos*. Por el hecho de que solo una relación estrecha con Cristo y el esfuerzo misionero justifican su renuncia, los bienes siguen siendo una cosa buena, pero no son lo mejor.

Con el céntuplo prometido se asegura no sólo la recompensa sino también el compromiso divino de hacer que se convierta en realidad. *Es el modo de pagar típico de Dios*, su costumbre para con los que le escuchan y hacen su voluntad (Mc 4,7-20). La fraternidad cristiana compensa a la familia que se deja, pero no carece de peligros (Lc 12,52-53; Mc 13,12-13). La recompensa de ahora, aunque generosa, es limitada. Solo la vida eterna recompensa realmente el seguimiento; *solo en el futuro Dios saldará del todo su "deuda"* hacia los que han abandonado todo para seguir a Cristo. *Tener a un Dios endeudado es la mejor garantía de un futuro inesperado*. Será entonces cuando los últimos serán los primeros (Mc 10.31).

Antes de concluir: ¿cuál es mi (único) bien?

El recuerdo del rico que no puede convertirse en discípulo es una advertencia permanente para los discípulos que desean ser ricos o, simplemente, los primeros. El encuentro de Jesús con el joven rico (Mc 10,17-31), tiene como motivo la incompatibilidad de los bienes con el seguimiento de Jesús: *el único bien del buen discípulo debe ser solo Jesús* al que está siguiendo. Jesús no tolera que los buenos conserven bienes propios en competencia con él. A quien quiere seguir a Jesús le pide entrega exclusiva.

- *El joven que no pudo quedarse con Jesús fue a su encuentro porque estaba realmente interesado en la propia salvación. ¿No se puede tal vez identificar aquí uno de los motivos más frecuentes por los que evitamos encontrarnos con Él? ¿Quién entre nosotros, hoy, va buscando maestros buenos que le enseñen el camino de la vida? ¿Qué es lo que falta: maestros que indiquen el camino y que acompañen el esfuerzo para obtener la vida eterna o deseo de alcanzarla?*
- *Al que era bueno, Jesús la propuso ser perfecto, invitándolo a renunciar a sus bienes. Una bondad que se apoye en todo lo bueno que se posee no es digna del seguidor de Cristo. Entonces, ¿cómo conciliar bienes y cristianismo? ¿Por qué Jesús*

pudo codificar la perfección de la persona buena en la renuncia y alienación de todo lo que poseía? ¿Es siempre verdad que lo bueno que se posee constituye un impedimento para seguir a Cristo? ¿Cuál es mi situación?

- *Si ni siquiera los buenos se salvan, por muy ricos que puedan ser, ¿a quién le será accesible la entrada en el Reino de Dios? ¿No será tal vez porque Dios no se vende, ni se puede comprar por nada, a cambio de ningún bien, por grande que sea? ¿Por qué hay que desasirse de los dones de Dios para recibir a Dios como don? ¿Es de verdad posible?*

 - *Quien deja algo por Dios no se arrepentirá: se le darán cien veces más. ¿Es esta nuestra experiencia actual? En todo caso, ¿cuál podría ser el motivo? ¿No será acaso porque, al dejar todo, creemos tener derecho a mucho? Si nos desprendemos de algo, ¿hacemos a Dios deudor nuestro o cumplimos sencillamente con nuestro deber? ¿Merecemos una recompensa por lo que hacemos, o no sería mejor dejar que fuese Dios el que pensase en recompensarnos?*
-